



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9558

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 12 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

MARTES 12 DE SEPTIEMBRE DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubour Montmartre, 31.

Para los agricultores.

Prensas de palancas múltiples para vino.—Tijeras para vendimiar.—Id. para podar.—Máquinas para desgranar panizo.—Id. para taponar botellas.—Id. para limpiar id.—Id. para picar y embutir carnes.—Hornos de acero.—Azadas, legones y matros de id.—Ingertadores.—Filtros para vinos y licores.—Agotadores para botellas.—Cepillos, cadenas, lesiches, etc. para bocoyes.—Bombas de trasego y otras.—Armarjos especiales para botellas.—Costas idem para idem.—Arados de verdadera fiela y movable.—Embudos automáticos.—Mobiliario para jardines.—Cortaderas para sacos.—Espino artificial para cercas.—Jarrones, macetas, balaustres etc.—Básculas sin numeración.—Via estrecha para trasportar frutas.—Wagoncitos, platóformas, etc.

De venta en el MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.

PIDANSE CATALOGOS Y DIBUJOS.

COLABORACION INEDITA.

Recuerdos del centenario rojo.

EL VASO DE SANGRE.

¡Que curioso sería saber como se forma una leyenda histórica, como llega á arraigar de modo indestructible en la memoria y en el espíritu de los hombres!

El período de la revolución francesa ofrece tantos lances novelescos, dramáticos, curiosos, singulares y además probados, de luminosa autenticidad, que al parecer no necesitaba los ficticios adornos de la leyenda. No ha sido así, sin embargo, y la imaginación siempre rica y fecunda, ha colaborado con la realidad, venciéndola á veces, como en el famosísimo caso de la señorita de Sombreuil.

¿Quien lo ignora? ¿Quien no se ha conmovido al leerlo?

Acaso el sentimiento más univer-

sal, qué mayor eco encuentra en las multitudes, es el amor entre padres é hijos.

Tocad esa cuerda y al punto responderán dócilmente los corazones.

No hay autor dramático que no deba á tal registro sus mayores triunfos. La antigüedad consagró este amor en las figuras de Orestes y Electra en el rencor de la hija vengadora como en los remordimientos del hijo parricida.

Los hebreos creían que el que respetaba y honraba á sus padres, conseguía por ese solo hecho dilatada vejez.

Todos hemos visto, en las chozas de los aldeanos, al hijo en pié y descubierto ante el padre, pidiéndole con respeto conmovedor licencia para salir al trabajo ó para solazarse el día de fiesta.

La forma del sentimiento sagrado puede modificarse, puede ser más fraternal, más libre, menos autoritaria, como en efecto va siendo, pero su esencia que reside en lo íntimo de nuestro ser, no puede variar ni disminuir.

Digan enhorabuena los moralistas de mal humor que las ideas modernas han rebajado los vínculos de la familia; es como si dijese que las ideas modernas han modificado los elementos de nuestra respiración, y que ya no necesitamos absorber oxígeno. La edad clásica nos legó el episodio de la *caridad romana*, la hija que da la leche de su seno al padre sentenciado á morir de inanición; la edad moderna creó el mito del vaso de sangre, y con él rodeó de aureola de luz á la heroína del amor filial. ¿Fue auténtico el rasgo de la hija de Simón? ¿Es cierto el horrible lance del vaso?

Lo indudable es que ahora como en tiempo de Plinio el amor filial tiene levantado un templo, sino en la plaza pública, en nuestras almas.

La leyenda de la señorita de Sombreuil es, lo repito, muy sabida, hasta vulgar: Victor Hugo la in-

mortalizó en una de sus primeras odas.

Contémosla tal cual puede referirse. María, hija del Gobernador de los Inválidos, noble por los cuatro costados, tenía diez y nueve años de edad cuando prendieron á su padre el marqués de Sombreuil y le encerraron en las cárceles de la Abadía.

Habiendo pedido con instancias apremiantes que la permitiesen acompañarlo en el calabozo, lo consiguió y se recluyó entre aquellas paredes donde se amontonaban las víctimas destinadas á pronto sacrificio.

La Abadía rebotaba prisioneros; la terrible vendimiadora, la Revolución empezó por allí su obra.

Entregada Francia á la anarquía loco de miedo el pueblo parisiense que ya pensaba ver entrar á los prusianos y á los emigrados sable en ristre, creyó que solo el terror podía salvar al nuevo régimen y que la consigna de Danton «audacia y más audacia» esa fórmula suprema dictada por el instinto de conservación en la lucha tremenda donde no cabía ya tregua ni armisticio y solo se trataba de ver cual de los combatientes sucumbía primero.

Reunidas las secciones y deliberando sobre la patria en peligro, tomaron dos acuerdos espantosos: el primero, que el ejército de los patriotas colocaría á vanguardia á los hijos de los emigrados, para que estos últimos al hacer fuego lo hiciesen contra los pedazos de sus entrañas; el segundo, que los realistas detenidos en todas las prisiones de París serían degollados sin pérdida de tiempo.

Empezóse por la Abadía, matando á bulto á los curas injuramentados, que acababan de ser arrojados de allí en gran número.

Ofrecidas estas primicias á la muerte, instalóse una especie de tribunal, para que procediese á la matanza una sombra de juicio.

El marqués de Sombreuil tenía pocas probabilidades de salir bien librado. Sabíase que era aristócrata, no solo de nacimiento, sino de corazón; que había defendido contra el pueblo, en Agosto, el palacio de las Tullerías; que un hijo suyo, el vizconde Carlos, servía en el ejército prusiano, y que en suma, cortar la cabeza á Sombreuil equivalía á privar de una cabeza y un brazo resuelto á la monarquía. No se necesitaba tanto, ni la mitad para perder á un hombre en aquellos críticos instantes, cuando montones de cadáveres obstruían ya el paso á la prisión.

Y con efecto el marqués de Sombreuil fue despachado con la funesta fórmula:

«Que le trasladen á la fuerza.» Ya se sabía lo que significaba tal frase; equivalía á la pena capital. Más al ser llevado el marqués, y al recibirle los verdugos blandiendo ya los cuchillos, se vió que no era posible llegar al cuerpo del sentenciado sin herir antes á una mujer que se adhirió á él como la yedra al tronco. Desmelenada, suplicante, determinada á perecer al mismo tiempo que su padre sino obtenía el perdón, María exhalaba las súplicas más desgarradoras, los ayes más tiernos, los ruegos más capaces de ablandar penas. Ofrecía su propia vida; rogaba que la torturasen, que la matasen, que la matasen, con tal que perdonasen al padre de blancos cabellos, y le permitiesen acabar sus días en paz.

Ya sabemos la juventud de María: en tan pocos años hay que suponer belleza; de su valor daba testimonio el hecho de haber compartido voluntariamente la prisión, y el brío con que ahora se lanzaba entre hordas de asesinos y pilas de cadáveres, para rescatar una vida sacra y preciosa. Los degolladores se pararon, atónitos, medio apiadados ya.

«Que queréis que haga para que

perdoneis á mi padre?» sollozaba María. «Que sacrificio me pedis? Que prueba? Lo acepto todo todo... pero no me le mateis.» Entonces á uno de los asesinos, luchando entre la compasión y el frenesí homicida se le ocurre algo monstruoso, algo que extremece. Inclínándose sobre un cadáver que aún palpita, acercando un vaso de vidrio á sus rotas venas, lo deja llenarse hasta el borde de negra sangre; y presentándolo así lleno á María Sombreuil. «Bebe» la dice y tu padre no morirá.

Ea, á la salud de la nación! Y la virgen no vacila ni un segundo, toma con avidez el vaso, lo acerca á sus puros labios y de un trago, sin mohín de repugnancia, sin mover un músculo del rostro, lo absorbe: después de repente, como fulminada cae sobre el pecho del padre á quien acaba de salvar. Los degolladores aplauden y llevan en triunfo al padre y á la hija, pero desde aquel instante trágico, María de Sombreuil queda atacada de una enfermedad extraña: al ver un objeto rojo oscuro, algo que recuerde la espantosa libación la acomete una convulsión, seguida de un profundo síncope, lo cual inspiró estos versos dantescos á Victor Hugo:

«Vi á la Sombreuil cuyas repentinas palideces delatan que corre por sus venas la helada sangre de los muertos.»

Tal es la leyenda, ¿y la historia?

Oh! La historia, fuerza es confesarlo, llega rara vez á la intensidad y hermosura de lo imaginado, del drama que crea con espontaneidad sublime nuestra fantasía poderosa. La historia no dice respecto á María de Sombreuil sino que acompañó á su padre en la prisión, y logró á fuerza de lágrimas y súplicas que el Tribunal le absolviese: y como los degolladores respetaban escrupulosamente las decisiones del Tribunal, el marqués de Sombreuil salió libre.

Otro tanto se refiere que consiguió la hija de Cazote, sin que la